

LA PARTICIPACIÓN DEL ESTUDIANTE EN EL AULA DESDE LA PEDAGOGÍA CRÍTICA Y LA DEMOCRACIA ESCOLAR: UNA REFLEXIÓN TEÓRICA

David Sánchez Fernández.

Orcid: <http://orcid.org/0009-0000-3549-5961>

E-mail: Profedavid103@gmail.com
Colegio Hernando Durán Dussán,
Colombia

Cindy Lorena Suárez Solano,

Orcid: <https://orcid.org/0009-0001-2917-8860>

E-mail: cindycato22C@hotmail.com
Institución Educativa Aguas Claras
(Ocaña, Norte de Santander,
Colombia

Recibido: 07/02/2026

Revisado: 12/03/2026

Aprobado: 16/04/2026

RESUMEN

La participación estudiantil se relaciona con los procesos de enseñanza y aprendizaje y con la construcción de una cultura escolar democrática, aunque su presencia es frecuente en el discurso pedagógico, persisten tensiones entre las formas de participación promovidas por las instituciones educativas y las experiencias que se desarrollan cotidianamente en el aula, el objetivo de este El El propósito de este artículo es analizar la participación estudiantil desde una perspectiva crítica y su relación con la construcción de prácticas democráticas escolares, para ello, se desarrolla un ensayo académico de carácter reflexivo sustentado en la revisión crítica de literatura especializada sobre participación estudiantil, pedagogía crítica y democracia escolar, como principal aporte teórico se propone la diferenciación entre participación regulada y participación transformadora como categorías analíticas para comprender las dinámicas de interacción presentes en las prácticas escolares, el análisis permite reconocer que la participación no se limita a la intervención oral, sino que corresponde a un proceso relacionado con la construcción colectiva del conocimiento, la formación ciudadana y el reconocimiento del estudiante como integrante con capacidad para

¹ David Sánchez Fernández es Licenciado en Ciencias Sociales, Magíster en Educación y estudiante del Doctorado en Educación de la UPEL.

LA PARTICIPACIÓN DEL ESTUDIANTE EN EL AULA DESDE LA PEDAGOGÍA CRÍTICA Y LA DEMOCRACIA ESCOLAR: UNA REFLEXIÓN TEÓRICA

ENSAYO

² Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorando en educación.

intervenir en la comunidad educativa, finalmente, se concluye que fortalecer las prácticas participativas favorece la construcción de escenarios democráticos de aprendizaje y contribuye al desarrollo del pensamiento crítico, la autonomía y la convivencia escolar.

Palabras clave. Democracia escolar, pedagogía crítica, participación estudiantil, ciudadanía, cultura escolar.

STUDENT PARTICIPATION IN THE CLASSROOM FROM THE PERSPECTIVE OF CRITICAL PEDAGOGY AND SCHOOL DEMOCRACY: A THEORETICAL REFLECTION

ABSTRACT

Student participation is related to teaching and learning processes and to the construction of a democratic school culture, although it is frequently addressed in pedagogical discourse, tensions persist between the forms of participation promoted by educational institutions and the experiences developed daily in the classroom, this essay aims to analyze student participation from a critical perspective and its relationship with the construction of democratic school practices, for this purpose, a reflective academic essay is developed based on a critical review of specialized literature on student participation, critical pedagogy, and school democracy, as the main theoretical contribution, the distinction between regulated participation and transformative participation is proposed as analytical categories for understanding the interaction dynamics present in school practices, the analysis shows that participation is not limited to verbal intervention, but corresponds to a process related to the collective construction of knowledge, citizenship education, and the recognition of students as members capable of contributing to the educational community, finally, it is concluded that strengthening participatory practices favors the construction of democratic learning environments and contributes to the development of critical thinking, autonomy, and school coexistence.

Keywords. School democracy, critical pedagogy, student participation, citizenship, school culture.

Introducción

Investigaciones recientes evidencian que la participación estudiantil es uno de los principales indicadores para comprender la calidad democrática de las instituciones educativas y los procesos de mejora escolar, en relación con esta discusión, la revisión sistemática desarrollada por Ríos (2025) muestra que, tanto en América Latina como en España, las investigaciones coinciden en reconocer la participación como un proceso atravesado por tensiones entre las políticas educativas y las prácticas que se desarrollan en las escuelas, a su vez, Martínez-González (2022) sostiene que la participación del estudiantado fortalece la gobernanza educativa al favorecer procesos de aprendizaje colaborativos y reflexivos.

En la misma línea, Herrera Sánchez (2023) concluye que la incorporación de la voz del alumnado favorece el mejoramiento escolar cuando supera los mecanismos meramente consultivos y permite una incidencia real en las decisiones institucionales, de igual forma, Jiménez y Valdés (2022) plantean que la participación reconoce al estudiante como un sujeto político con capacidad para contribuir a la construcción de escenarios democráticos e inclusivos, estos planteamientos son respaldados por Ascorra et al. (2024), quienes evidencian que las relaciones democráticas entre la escuela y la

**LA PARTICIPACIÓN DEL ESTUDIANTE EN EL AULA DESDE LA PEDAGOGÍA
CRÍTICA Y LA DEMOCRACIA ESCOLAR: UNA REFLEXIÓN TEÓRICA****ENSAYO**

comunidad se fortalecen mediante procesos deliberativos que promueven el diálogo, la corresponsabilidad y la toma conjunta de decisiones.

Aunque las investigaciones han ampliado la comprensión de la participación escolar, aún persisten vacíos relacionados con las manifestaciones cotidianas de la participación estudiantil dentro del aula y su incidencia en la formación ciudadana, debido a que gran parte de la literatura se ha concentrado en analizar la participación desde las políticas educativas, los órganos de representación escolar o las estrategias pedagógicas, mientras continúan siendo escasas las reflexiones orientadas a comprender cómo las dinámicas diarias de interacción favorecen o limitan el desarrollo de prácticas democráticas en la escuela, esta situación justifica la necesidad de avanzar hacia una lectura crítica de la participación como experiencia formativa y no únicamente como un mecanismo institucional.

Hablar de participación estudiantil en el aula parece algo habitual porque es un concepto presente en los discursos educativos, en el currículo y en la legislación, por esta razón, con frecuencia se habla de “dar voz al estudiante”, “promover su participación” o “favorecer el aprendizaje activo”, sin embargo, en muchas ocasiones estas orientaciones terminan reduciéndose a levantar la mano, responder preguntas o cumplir actividades previamente establecidas, dichas acciones no siempre representan una participación auténtica, puesto que participar también implica dialogar, proponer,

cuestionar, tomar decisiones y reconocer que la voz del estudiante puede incidir en la construcción del aprendizaje.

Diversos estudios coinciden en que una parte importante de la participación estudiantil continúa orientándose hacia el cumplimiento de instrucciones y no necesariamente hacia la construcción colectiva del conocimiento, lo que evidencia la persistencia de prácticas escolares donde la voz del estudiante tiene un alcance limitado (Herrera Sánchez, 2023; Ríos, 2025), ante esta situación, surge la necesidad de reflexionar sobre las condiciones pedagógicas que favorecen una participación más crítica, donde el estudiante no solo intervenga durante la clase, sino que construya significados, argumente sus ideas y contribuya a la transformación de su entorno educativo.

Desde la perspectiva del constructivismo social, Vygotsky sostiene que el aprendizaje se produce mediante la interacción y el diálogo con otros, en una dirección relacionada, Piaget y Bruner plantean que el conocimiento no corresponde a una recepción pasiva de información, sino a un proceso de construcción situado en la experiencia, a partir de estos planteamientos, la participación estudiantil puede comprenderse como una condición para favorecer aprendizajes significativos, fortalecer el pensamiento crítico y promover la construcción compartida del conocimiento.

Freire (1997) advertía que una educación centrada exclusivamente en la transmisión de contenidos limita la capacidad de los estudiantes para cuestionar, dialogar y construir conocimiento, esta reflexión mantiene vigencia en la actualidad debido a la

permanencia de prácticas escolares donde predomina la repetición de información sobre el intercambio de ideas, frente a esta realidad, promover espacios de participación permite avanzar hacia procesos educativos en los cuales el estudiante intervenga en su formación y construya conocimientos mediante el diálogo con otros.

Dewey (1916) insistía en que la escuela debía parecerse más a una comunidad de experiencias donde el estudiante pudiera aprender mediante la interacción, el diálogo y la resolución compartida de problemas, desde esta mirada, el aula debía convertirse en un espacio democrático que promoviera formas auténticas de participación, de manera complementaria, Bonilla y Rodríguez (1997) señalan la existencia de un currículo oculto que regula quién puede hablar, cómo debe hacerlo y qué expresiones son socialmente valoradas dentro de las prácticas escolares.

En este sentido, la democracia escolar no puede limitarse únicamente a los mecanismos de representación estudiantil, debido a que también se construye en las relaciones cotidianas del aula mediante acciones como escuchar, argumentar, deliberar y respetar diferentes puntos de vista, al respecto, el Ministerio de Educación Nacional (2004) señala que las competencias ciudadanas se desarrollan en la manera como se resuelven los conflictos, se toman decisiones y se construyen relaciones de respeto mutuo, de este modo, la participación puede comprenderse como una experiencia permanente de formación democrática.

Aunque se han alcanzado avances en materia de participación escolar, en muchas instituciones educativas persisten estudiantes que guardan silencio por temor a equivocarse, otros son señalados por “hablar demasiado” y algunos logran destacar porque se adaptan con mayor facilidad a las formas de participación que la escuela considera legítimas, junto con esta situación, la convivencia escolar enfrenta desafíos relacionados con escuchar al otro, respetar las diferencias y construir acuerdos, condiciones que continúan siendo necesarias para fortalecer las relaciones democráticas dentro de las instituciones educativas.

Este panorama conduce a formular preguntas que orientan la presente reflexión: ¿realmente estamos construyendo aulas democráticas?, ¿la escuela está formando estudiantes capaces de pensar críticamente o simplemente de obedecer?, ¿qué tipo de participación se promueve en las prácticas cotidianas del aula?, ¿de qué manera esas formas de participación inciden en la formación ciudadana?, ¿cuál debería ser la función de la escuela en la construcción de una sociedad más democrática durante el siglo XXI?

El presente trabajo corresponde a un ensayo académico de carácter reflexivo, sustentado en la revisión crítica de la literatura especializada sobre participación estudiantil, democracia escolar y formación ciudadana, para desarrollar la argumentación se integran aportes provenientes de la pedagogía crítica, el constructivismo y las investigaciones recientes sobre participación escolar, con el propósito de construir una interpretación de las dinámicas participativas que se desarrollan en las instituciones educativas y de su relación con la formación de ciudadanos críticos.

La principal contribución de este trabajo consiste en proponer una diferenciación conceptual entre la participación regulada y la participación transformadora como categorías de análisis de las prácticas escolares, la participación regulada hace referencia a aquellas formas de intervención condicionadas por normas, instrucciones y mecanismos de control, de modo que el estudiante participa dentro de límites previamente establecidos, en contraste, la participación transformadora reconoce al estudiante como un sujeto con capacidad para dialogar, deliberar, cuestionar, construir conocimiento e incidir en los procesos de aprendizaje y en la vida escolar.

Esta diferenciación ofrece un marco de interpretación que permite comprender que la participación estudiantil no puede evaluarse únicamente por la frecuencia con que los estudiantes intervienen durante las clases, también resulta necesario analizar las condiciones pedagógicas, las relaciones de poder, las formas de evaluación y las dinámicas institucionales que favorecen o limitan la construcción de escenarios democráticos, bajo esta mirada, la participación deja de entenderse como una acción aislada y pasa a asumirse como un proceso formativo relacionado con el desarrollo del pensamiento crítico, la autonomía y la ciudadanía.

El objetivo de este ensayo es analizar la participación estudiantil en el aula desde una perspectiva crítica, destacando su incidencia en la construcción de prácticas democráticas escolares y proponiendo la diferenciación entre participación regulada y

participación transformadora como categoría analítica para comprender las dinámicas de interacción presentes en la escuela.

A partir de esta reflexión, el ensayo examina las relaciones entre participación, democracia, currículo oculto, evaluación escolar y formación ciudadana, con el propósito de aportar elementos teóricos que favorezcan la comprensión de las prácticas educativas contemporáneas, además, plantea la necesidad de fortalecer escenarios pedagógicos donde el diálogo, la deliberación, la construcción colectiva del conocimiento y el reconocimiento de la voz estudiantil contribuyan a consolidar una cultura escolar más democrática, participativa e inclusiva.

Desarrollo

La participación estudiantil como construcción del aprendizaje

Este ensayo parte de una convicción que hemos ido madurando con la práctica, la participación del estudiante en el aula no puede entenderse solo como una estrategia para dinamizar las clases, comprobar si los estudiantes están atentos u obtener una calificación en el boletín, aunque muchas veces se reduce a levantar la mano, intervenir oralmente, responder preguntas puntuales o completar frases, participar implica procesos mucho más amplios relacionados con la manera en que el estudiante construye aprendizajes, establece vínculos y encuentra un lugar desde el cual expresar sus ideas, emociones y experiencias, por esta razón, la participación puede comprenderse como un fenómeno social, político y pedagógico atravesado por relaciones de poder, formas

de subjetividad, emociones y, sobre todo, por el sentido de pertenencia que cada estudiante construye dentro de la práctica pedagógica cotidiana.

De la misma manera, la democracia en la escuela no puede limitarse a la elección de un personero al inicio del año escolar, pues aunque este ejercicio es importante y despierta el entusiasmo de los niños al acudir a las urnas para elegir a sus representantes, resulta insuficiente cuando no se acompaña de experiencias que permitan comprender el significado de participar, decidir y asumir responsabilidades dentro de una comunidad, por esta razón, el aula se convierte en un espacio donde la democracia puede vivirse diariamente mediante el diálogo, la escucha mutua, la posibilidad de disentir, la construcción de acuerdos y la formulación de propuestas, de modo que resulta necesario repensar la democracia escolar más allá de los mecanismos representativos para comprenderla como una experiencia formativa que influye en la manera como los estudiantes participan, toman decisiones y se relacionan con los demás.

Desde esta mirada crítica, proponemos distinguir entre dos formas de participación que coexisten en la escuela, por un lado, la participación regulada, entendida como aquella que el docente estructura y dirige de manera rígida para cumplir lineamientos institucionales, controlar las intervenciones o mantener el orden en clase, hasta el punto de convertir la disciplina en una preocupación que puede desplazar las posibilidades de diálogo y construcción colectiva.

Por otro lado, se encuentra la participación transformadora, que surge del reconocimiento del estudiante como un sujeto pensante, crítico y creativo, con capacidad para disentir, construir, cuestionar y relacionar lo aprendido con las situaciones que enfrenta en su vida cotidiana y con la construcción de su proyecto de vida, esta forma de participación no aparece de manera automática ni puede imponerse mediante instrucciones, sino que se construye progresivamente mediante la confianza, la coherencia, los vínculos que se establecen dentro del aula y la posibilidad de encontrar relaciones entre los contenidos escolares y las experiencias cotidianas de los estudiantes.

La participación transformadora exige revisar asuntos que con frecuencia damos por sentados, entre ellos, el modelo de aula, la manera como comprendemos la autoridad, las formas de enseñanza e incluso nuestra disposición para escuchar, debido a que no basta con desarrollar actividades denominadas “participativas” cuando no existe una verdadera apertura hacia la palabra del otro ni disposición para respetarla y valorarla, participar tampoco significa intervenir únicamente para cumplir con una actividad, sino construir espacios donde el estudiante comprenda que lo que dice tiene valor, que sus ideas pueden ser escuchadas y discutidas y que su mirada forma parte de la construcción del aprendizaje, cuando el estudiante percibe que su voz encuentra respuesta dentro del aula y que sus aportes son considerados en las relaciones que allí se construyen, puede fortalecer su sentido de pertenencia y reconocerse como integrante de una comunidad en la que tiene la posibilidad de expresarse y contribuir.

En esa dirección, participar no es un favor que se concede al estudiante ni un premio asociado con el buen comportamiento, sino un derecho y una manera de reconocerse como integrante de la vida escolar, por ello, promover la participación implica una apuesta ética, política, pedagógica y didáctica por una escuela que no se concentre únicamente en la transmisión de saberes, sino que también otorgue espacio al encuentro, la diferencia, la construcción compartida del conocimiento, la capacidad de pensar con otros y la posibilidad de intervenir en las realidades que rodean a los estudiantes, una escuela que no tema al error ni convierta el silencio en motivo de sanción, que comprenda que aprender también implica tomar la palabra, escuchar otras voces, dejar huella mediante las ideas y reconocer la equivocación como parte del camino educativo.

La crítica a la educación tradicional

La participación del estudiante en el aula ha sido entendida durante mucho tiempo desde una lógica vertical, donde el docente concentra la autoridad y el estudiante asume un lugar esencialmente receptivo, bajo este modelo, participar suele reducirse a obedecer instrucciones, responder cuando se le solicita o reproducir los contenidos enseñados, frente a esta concepción, Freire (1997) cuestiona la denominada educación bancaria al considerar que limita la autonomía, el pensamiento crítico y la construcción colectiva del conocimiento.

En relación con la educación bancaria, Freire (1997) plantea:

En la visión bancaria de la educación, el saber es una donación de aquellos que se juzgan sabios a los que juzgan ignorantes, donación que se basa en una de las manifestaciones instrumentales de la ideología de la opresión, la absolutización de la ignorancia, que es lo que llamamos alienación de la ignorancia, según la cual esta se encuentra siempre en el otro donde el educador aparece como su agente indiscutible, cuya tarea es llenar a los educandos con los contenidos de su narración, pues cuanto más dócilmente se dejen llenar los recipientes, mejores educandos serán y cuanto más se dejen llenar, mejor educador será el educador. (p. 56)

Esta perspectiva permite comprender que la participación favorece la construcción colectiva del conocimiento en escenarios democráticos de aprendizaje, desde esta mirada, el problema no radica únicamente en la transmisión de contenidos, sino también en las relaciones de poder que regulan quién puede hablar, preguntar, cuestionar o proponer dentro del aula, cuando el estudiante es considerado un receptor pasivo, su participación queda limitada por las decisiones del docente y pierde la posibilidad de construir conocimiento desde su experiencia.

En contraste, cuando el diálogo, la argumentación y la reflexión hacen parte del proceso educativo, la participación adquiere un sentido formativo que favorece el desarrollo del pensamiento crítico y fortalece la autonomía de los estudiantes, esta diferencia permite comprender el tránsito entre una participación regulada, orientada al cumplimiento de instrucciones, y una participación transformadora, donde la voz del

estudiante tiene incidencia en la construcción del aprendizaje y en las dinámicas democráticas de la escuela.

Participación regulada, currículo oculto y evaluación escolar

Aunque las políticas educativas promueven la participación, en muchas aulas lo que se observa es una participación regulada, donde el estudiante habla únicamente cuando se le autoriza, responde aquello que el docente espera y se adapta a una lógica en la que participar suele reducirse a asistir a clase, responder el llamado a lista o intervenir cuando se le solicita, esta situación es analizada por Parra (1998) mediante el concepto de intervención performativa, entendido como una forma de participación que aparenta apertura, pero conserva las relaciones tradicionales de autoridad presentes en el aula.

A esta situación se suma el currículo oculto, entendido como el conjunto de prácticas, normas y expectativas que orientan la vida escolar sin estar expresamente contempladas en el currículo oficial. En este sentido, Bonilla y Rodríguez (1997) afirman: La cultura escolar establece formas permitidas de participación y castiga otras, incluso sin hacerlo explícito, así, ciertos estudiantes se silencian no por falta de ideas, sino porque no dominan los códigos invisibles que la escuela valida como legítimos. (p. 38)

Esta afirmación permite comprender que la participación estudiantil no depende exclusivamente de la voluntad del estudiante, sino también de las condiciones que la escuela establece para reconocer determinadas formas de expresión, debido a que

cuando solo se legitiman ciertos modos de hablar, argumentar o intervenir, muchos estudiantes terminan excluidos de las dinámicas de aprendizaje, no porque carezcan de capacidades, sino porque sus formas de participación no coinciden con las expectativas institucionales, bajo esta perspectiva, la participación regulada encuentra sustento en normas implícitas que condicionan quién puede ser escuchado y bajo qué circunstancias.

El sistema de evaluación también condiciona profundamente la participación, al respecto, Apple (1997) advierte que la evaluación no es un proceso neutral, ya que históricamente ha servido para legitimar determinadas formas de conocimiento, regular las prácticas escolares y mantener relaciones de poder dentro de las instituciones educativas, de manera que cuando la evaluación privilegia la repetición de contenidos sobre la argumentación, la creatividad o el pensamiento crítico, la participación termina subordinada al cumplimiento de criterios previamente establecidos.

Esta perspectiva invita a cuestionar el sentido de las prácticas evaluativas y su influencia sobre la manera en que los estudiantes participan en el aula, puesto que si únicamente se reconoce a quien responde correctamente o reproduce los contenidos esperados, difícilmente podrán consolidarse escenarios democráticos donde el diálogo, el cuestionamiento y la construcción colectiva del conocimiento tengan un lugar relevante, por consiguiente, la evaluación puede convertirse en un mecanismo que fortalezca la participación regulada o, por el contrario, en una oportunidad para favorecer una participación transformadora basada en la autonomía, la reflexión y el intercambio de saberes.

En el caso colombiano, esta discusión adquiere una relevancia particular debido a que las evaluaciones estandarizadas suelen responder a referentes homogéneos que no siempre consideran las diferencias territoriales, sociales y culturales presentes en el país, situación que afecta especialmente a las comunidades rurales y a los territorios con mayores desigualdades educativas, donde las condiciones de acceso a recursos, infraestructura y oportunidades de aprendizaje son diferentes, ante esta realidad, avanzar hacia una evaluación más justa implica reconocer la diversidad de las realidades escolares y valorar procesos formativos que fortalezcan la participación, el pensamiento crítico y la construcción de aprendizajes significativos, más allá de los resultados obtenidos en una prueba.

Pedagogías transformadoras y participación democrática

Frente a este panorama, existen propuestas pedagógicas que abren otras posibilidades para comprender la participación estudiantil. Entre ellas, las experiencias inspiradas en Reggio Emilia, Montessori y la pedagogía del cuidado reconocen al estudiante como un sujeto creativo y sensible, capaz de expresar sus ideas, emociones y aprendizajes mediante diversas formas de comunicación. Desde esta perspectiva, Gandini (1998, como se citó en Rinaldi, 2004) plantea la idea de los cien lenguajes del

niño para representar la diversidad de maneras mediante las cuales la infancia puede explorar, interpretar, comunicar y construir significados sobre sus experiencias.

Este fragmento, además de su carácter poético, plantea una reflexión sobre la infancia y la diversidad de sus formas de expresión, reconocer que los niños tienen “cien lenguajes” implica comprender que la participación no puede limitarse a las intervenciones verbales o al desempeño académico, debido a que algunos estudiantes encuentran mayores posibilidades para comunicar sus ideas mediante el dibujo, el movimiento, la creación de juegos, la interacción con sus compañeros o incluso el silencio, ante esta diversidad, la labor docente requiere reconocer y valorar las distintas maneras de comunicar, aprender y relacionarse que cada niño construye desde su singularidad, debido a que reducir la participación a un único formato puede silenciar muchas de esas voces y convertir una escuela que busca promover el pensamiento crítico, la sensibilidad y la capacidad de proponer en un espacio dedicado principalmente a la reproducción del conocimiento.

Desde estas prácticas se reconoce que cuando los estudiantes participan genuinamente mediante proyectos, debates, comités o conversaciones relacionadas con sus experiencias, encuentran mayores posibilidades para aprender, comprometerse con su proceso formativo y convertir el aula en un espacio de construcción colectiva, reflexión y cuestionamiento, donde lo aprendido pueda relacionarse con sus proyectos personales y con las situaciones que enfrentan dentro de la sociedad, de esta manera, la participación estudiantil contribuye a la formación de competencias ciudadanas cuando

los estudiantes tienen oportunidades para expresar sus ideas, escuchar a sus compañeros, participar en decisiones colectivas y resolver conflictos mediante el diálogo, aprendizajes que pueden trasladarse a las relaciones familiares y a las distintas situaciones de la vida cotidiana.

Las experiencias que los estudiantes viven dentro del aula, aunque en ocasiones parezcan cotidianas, adquieren sentido en la formación de ciudadanos críticos, empáticos y capaces de convivir y construir junto a otros desde la diversidad, por esta razón, participar en la vida escolar, expresar las ideas sin temor, escuchar posiciones diferentes y resolver los conflictos mediante el diálogo son experiencias que superan el cumplimiento de las actividades académicas habituales, tal como lo señala el Ministerio de Educación Nacional de Colombia (2004) al afirmar que “las competencias ciudadanas se desarrollan en la vida escolar cotidiana, en la forma como se resuelven los conflictos, se toman decisiones, se expresan las opiniones y se construye el respeto mutuo”.

De acuerdo con el Ministerio de Educación Nacional, la escuela no debe limitarse a la enseñanza de matemáticas, lenguaje u otras áreas del conocimiento, sino que también debe generar experiencias donde los estudiantes aprendan a convivir, disentir con respeto, escuchar diferentes posiciones y participar en decisiones colectivas, desde esta perspectiva, la participación no corresponde a una actividad adicional dentro del proceso educativo, sino a una experiencia vinculada con la formación ciudadana, debido a que cuando los estudiantes tienen la posibilidad de hablar, decidir, escuchar y ser

escuchados se preparan no solo para avanzar al siguiente grado escolar, sino también para intervenir de manera crítica y responsable en la sociedad, por ello, cada espacio que los docentes generan para la participación representa una oportunidad para construir experiencias democráticas donde los estudiantes puedan sentirse escuchados, reconocidos y valorados.

El papel docente y el clima del aula

Para que esto ocurra, el docente debe revisar sus propias prácticas, renunciar a ciertas formas de control y abrirse a pedagogías críticas, lo cual no significa perder autoridad, sino construir una relación pedagógica basada en el respeto, la escucha, la coherencia y el reconocimiento de las diferencias, capaz de favorecer el pensamiento crítico, la formación de competencias ciudadanas y una participación entendida como un diálogo permanente entre estudiantes, docentes, familias y sociedad.

Además, la participación no se desarrolla de la misma manera en todos los ambientes escolares, debido a que muchos estudiantes permanecen en silencio no por falta de interés, sino por temor al juicio, al error o a la burla, ante esta realidad, resulta necesario construir espacios donde puedan expresarse con confianza y sin temor a ser descalificados, reflexión que se relaciona con lo planteado por Sáenz al señalar que “a los alumnos se les enseña cómo manejar y relacionarse con la estructura de autoridad de la colectividad a la que pertenecen por los patrones de interacción a los que son expuestos en la escuela, el currículo oculto transmite normas, valores y actitudes que muchas veces no favorecen la participación crítica y libre” (Sáenz, 1988, p. 18).

**LA PARTICIPACIÓN DEL ESTUDIANTE EN EL AULA DESDE LA PEDAGOGÍA
CRÍTICA Y LA DEMOCRACIA ESCOLAR: UNA REFLEXIÓN TEÓRICA****ENSAYO**

Esta perspectiva guarda relación con situaciones frecuentes dentro del aula, donde se solicita a los estudiantes que participen, pero no siempre se explica el propósito de esa participación ni se establecen relaciones entre los aprendizajes, sus intereses y las realidades que viven diariamente, cuando los niños y jóvenes encuentran sentido en aquello que aprenden y reconocen vínculos con sus experiencias, la participación deja de ser una formalidad y puede convertirse en una experiencia transformadora, por esta razón, como docentes no solo debemos promover la participación, sino acompañarla mediante prácticas pedagógicas que permitan comprender por qué, para qué y de qué manera participar en la construcción del aprendizaje.

Participación, ciudadanía y pensamiento crítico

Para Tedesco (2000), la participación estudiantil no es un componente accesorio dentro de la escuela, sino una condición para formar ciudadanos capaces de comprender críticamente la realidad y actuar sobre ella, educar para la ciudadanía implica mucho más que transmitir contenidos, pues supone desarrollar la capacidad de interpretar los cambios sociales, dialogar con otros y asumir responsabilidades frente a la vida colectiva, desde esta perspectiva, la participación deja de ser una actividad ocasional para convertirse en una experiencia permanente de formación democrática, planteamiento que el autor desarrolla al señalar lo siguiente.

Tedesco (2000) plantea:

Las transformaciones sociales contemporáneas se caracterizan por la novedad, la inestabilidad y la incertidumbre respecto a su permanencia o

posible estabilización, situación que genera diferentes respuestas frente a la interpretación de los cambios, entre ellas, la cautela de la investigación científica ante el riesgo de formular explicaciones equivocadas y la necesidad de ampliar la reflexión hacia dimensiones valorativas que permitan comprender el sentido de las transformaciones y las reacciones que producen en los actores sociales, de esta manera, el autor muestra que analizar los procesos de cambio requiere articular la interpretación de la realidad con una reflexión sobre los valores, las orientaciones y las responsabilidades que surgen frente a las nuevas dinámicas sociales. (p. 29)

La reflexión de Tedesco permite comprender que la educación no puede responder a una sociedad cambiante mediante prácticas escolares rígidas, debido a que la realidad requiere ciudadanos capaces de interpretar, deliberar y actuar frente a problemas complejos, ante esta situación, la escuela necesita generar escenarios donde los estudiantes aprendan a participar, argumentar y construir soluciones colectivas, desde esta mirada, la participación deja de responder únicamente a normas institucionales y adquiere un sentido formativo relacionado con el fortalecimiento de la autonomía y la responsabilidad social.

Esta perspectiva encuentra un complemento en la propuesta de Morin (2001), quien sostiene que la educación debe superar la fragmentación del conocimiento y preparar a las personas para comprender la complejidad del mundo, planteamiento que el autor desarrolla al afirmar lo siguiente.

Morin (2001) sostiene:

Uno de los principales desafíos de la educación se encuentra en la distancia existente entre unos saberes organizados de manera fragmentada y unas realidades cada vez más complejas, multidimensionales e

**LA PARTICIPACIÓN DEL ESTUDIANTE EN EL AULA DESDE LA PEDAGOGÍA
CRÍTICA Y LA DEMOCRACIA ESCOLAR: UNA REFLEXIÓN TEÓRICA****ENSAYO**

interrelacionadas, situación que dificulta comprender las relaciones entre los problemas, sus diferentes dimensiones y las condiciones en las que se producen, ante esta limitación, el autor plantea la necesidad de favorecer una transformación del pensamiento que permita establecer conexiones entre los conocimientos y comprender los fenómenos desde una mirada capaz de reconocer su complejidad y sus múltiples relaciones. (p. 37)

La propuesta de Morin invita a comprender que la participación estudiantil tampoco puede analizarse de manera aislada, debido a que participar implica relacionar ideas, reconocer diferentes perspectivas, comprender los problemas desde múltiples dimensiones y dialogar con otros para construir respuestas compartidas, cuando el aula favorece este tipo de experiencias, la participación deja de reducirse al simple hecho de intervenir durante una clase y pasa a comprenderse como un proceso de construcción colectiva del conocimiento.

Por todo lo anterior, fomentar la participación no corresponde únicamente a una decisión metodológica, sino también a una postura ética y pedagógica, en esa dirección, este ensayo propone diferenciar dos formas de comprenderla, por una parte, la participación regulada, centrada en el cumplimiento de normas y en intervenciones controladas por el docente, y por otra, la participación transformadora, caracterizada por el diálogo, la deliberación, la argumentación y la capacidad de incidir en las decisiones que afectan la vida escolar, esta diferenciación corresponde al principal aporte de la presente reflexión, debido a que ofrece un marco conceptual para analizar las dinámicas

participativas que aún predominan en muchas instituciones educativas y pensar alternativas orientadas a fortalecer una cultura escolar más democrática.

Liderazgo educativo y cultura escolar

Frente a los desafíos que enfrenta la escuela para garantizar una participación genuina del estudiante, resulta necesario repensar qué entendemos por participar y cómo se promueve esta experiencia en las prácticas educativas, debido a que no basta con que el estudiante levante la mano o intervenga porque le corresponde hacerlo, en muchas ocasiones, aquello que se presenta como participación termina reducido a un mecanismo destinado a mantener el orden o cumplir con las exigencias curriculares, sin favorecer la autonomía ni la formación de estudiantes capaces de cuestionar, argumentar y construir posiciones propias, por esta razón, lo que aquí se propone no corresponde a fórmulas ni soluciones definitivas, sino a posibilidades construidas desde la experiencia docente, con sus dificultades, aprendizajes y contradicciones, posibilidades que reconozcan a los niños y jóvenes como protagonistas de su formación y permitan que la escuela no sea únicamente un lugar de paso, sino un espacio donde sus voces sean escuchadas, valoradas y consideradas dentro de las decisiones y los procesos de aprendizaje.

En este horizonte, la labor del docente adquiere una responsabilidad relacionada con la construcción de la cultura escolar y organizacional, debido a que no solo acompaña los procesos de aprendizaje, sino que también influye mediante la manera como comprende la participación, organiza el aula, gestiona los conflictos y genera

**LA PARTICIPACIÓN DEL ESTUDIANTE EN EL AULA DESDE LA PEDAGOGÍA
CRÍTICA Y LA DEMOCRACIA ESCOLAR: UNA REFLEXIÓN TEÓRICA****ENSAYO**

espacios de diálogo en las formas mediante las cuales los estudiantes aprenden a convivir y ejercer la ciudadanía, desde esta mirada, el liderazgo docente entendido desde una perspectiva transformacional permite orientar a la comunidad educativa hacia propósitos compartidos mediante la confianza, la motivación y la apertura al diálogo en lugar de recurrir exclusivamente a la imposición, cuando este liderazgo se ejerce con sensibilidad pedagógica y reconocimiento de las personas que integran la comunidad educativa, la cultura escolar puede convertirse en un espacio de colaboración donde los estudiantes comprendan que sus voces tienen incidencia y que la democracia también se aprende mediante las relaciones y decisiones cotidianas.

En este punto, resulta necesario recordar que el liderazgo no se ejerce únicamente dentro del aula, como afirma Audirad (1994), “el desarrollo organizacional requiere líderes capaces de influir en los individuos y en los grupos para alcanzar metas compartidas, fomentando un ambiente de confianza y colaboración” (p. XX), esta perspectiva resalta la necesidad de un liderazgo constructivo capaz de orientar la cultura institucional y otorgar sentido a las acciones colectivas desarrolladas en la escuela, en Colombia, esta responsabilidad se articula especialmente mediante el Proyecto Educativo Institucional, que no debería comprenderse como un documento elaborado únicamente para cumplir disposiciones administrativas, sino como una construcción que integra a la comunidad educativa, favorece la participación y responde a las necesidades de cada realidad escolar, cuando el Proyecto Educativo Institucional se asume como una

orientación construida colectivamente y no como un requisito burocrático, puede convertirse en un espacio para ejercer la autonomía, participar en las decisiones institucionales y construir propósitos compartidos.

De igual manera, el liderazgo educativo debe reconocer las experiencias y circunstancias de las personas que integran la escuela, más allá de la planeación institucional y de los objetivos establecidos, resulta necesario comprender que estudiantes, familias, docentes y personal administrativo enfrentan situaciones diversas que influyen en sus relaciones, decisiones y posibilidades de participación, por esta razón, las orientaciones institucionales requieren construirse mediante decisiones asertivas que reconozcan la dignidad, las necesidades y el bienestar de quienes conforman la comunidad escolar, solo un liderazgo capaz de relacionar la planeación con la sensibilidad frente a las realidades de las personas puede contribuir a que la participación se viva como un derecho y no como una concesión.

Propuestas para Fortalecer la participación estudiantil

En síntesis, lo expuesto hasta aquí muestra que la participación del estudiante en el aula no puede reducirse a una formalidad ni a un requisito escolar, sino que debe comprenderse como una experiencia relacionada con la formación ciudadana y democrática, las particularidades de la realidad escolar colombiana permiten reconocer que la participación auténtica se construye en la vida cotidiana de la escuela mediante la manera como se dialoga, se toman decisiones, se expresan las diferencias y se resuelven los conflictos, por esta razón, más allá de las reflexiones teóricas y de los

aportes desarrollados por distintos autores, resulta necesario pensar en propuestas concretas que permitan avanzar hacia una escuela democrática donde los estudiantes aprendan a generar ideas, compartirlas, argumentarlas y construir junto a otros, a partir de esta necesidad, se presentan algunas recomendaciones orientadas a favorecer una participación más dialógica, inclusiva y transformadora.

1. Reconfigurar el rol del docente como facilitador del diálogo

El maestro, desde una perspectiva constructivista, es visto como un facilitador del aprendizaje, lo cual no significa que pierda su autoridad, sino que implica construir una manera diferente de ejercerla, basada en la coherencia, el respeto y la escucha en lugar del miedo o la imposición, en muchas ocasiones resulta difícil renunciar a ciertas formas de control, especialmente cuando existe la presión de cumplir con los contenidos establecidos o mantener la disciplina dentro del aula, sin embargo, cuando el maestro deja de asumir la posición de quien posee todas las respuestas y comienza a acompañar, preguntar, escuchar y reconocer que también puede dudar y aprender junto a sus estudiantes, las relaciones pedagógicas empiezan a modificarse, como plantea Freire, educar implica dialogar y construir con otros en lugar de imponer, una concepción que puede hacerse visible en la manera como se establecen las relaciones cotidianas dentro del aula.

2. Incorporar metodologías activas, flexibles y diversas

No todos los estudiantes aprenden de la misma manera ni encuentran las mismas formas de participar, debido a que cada niño y cada niña construye sus aprendizajes, expresa sus ideas y demuestra sus capacidades de manera diferente, algunos encuentran mayores posibilidades para intervenir en los debates, mientras otros se expresan mediante actividades artísticas, la escritura, el canto, el movimiento o la interacción con sus compañeros, por esta razón, resulta necesario incorporar estrategias variadas como proyectos colaborativos, juegos de rol, diarios de campo, dramatizaciones, portafolios, trabajos en parejas, actividades apoyadas en tecnologías y usos pedagógicos de las redes sociales, de manera que cada estudiante pueda encontrar posibilidades para participar, sentirse parte de la comunidad escolar y ser reconocido por sus aportes sin tener que adaptarse a una única forma de aprender, expresarse o relacionarse con los demás.

3. Transformar la evaluación para que valore la participación real

Muchos estudiantes no participan porque sienten que pueden ser juzgados, ridiculizados o que sus formas de expresarse no serán reconocidas dentro de los procesos de evaluación, por esta razón, resulta necesario transformar las prácticas evaluativas mediante la incorporación de la coevaluación, la autoevaluación, la evaluación grupal y estrategias como el aprendizaje basado en proyectos, de manera que el estudiante comprenda que su voz es valorada y que puede expresar sus ideas sin temor a ser descalificado o subestimado, cuando encuentra un ambiente de confianza donde sus aportes son escuchados y considerados, aumenta su disposición para

intervenir, argumentar, formular preguntas y compartir sus puntos de vista, favoreciendo una participación dialógica donde la voz del estudiante tenga presencia en la construcción del aprendizaje.

4. Fortalecer el clima emocional del aula

Nadie participa plenamente cuando siente que será callado, juzgado o ignorado, por esta razón, el ambiente emocional influye directamente en las posibilidades que tienen los estudiantes para expresarse y relacionarse con los demás, en nuestra experiencia dentro del aula hemos observado que cuando los estudiantes encuentran confianza, respeto y disposición para escuchar, las relaciones comienzan a modificarse y se generan mayores posibilidades para el diálogo y la participación, este proceso puede comenzar mediante acciones cotidianas como escuchar sin interrumpir, reconocer las emociones, permitir el error sin convertirlo en motivo de castigo, generar círculos de palabra y abrir espacios donde los estudiantes puedan hablar sobre aquello que les preocupa, aunque construir un aula emocionalmente segura requiere tiempo y constancia, resulta necesario avanzar en esta dirección ante el aumento de situaciones de irrespeto e intolerancia que afectan la convivencia cotidiana en las escuelas y dificultan el reconocimiento del otro.

5. Vincular la participación con la vida del colegio

Participar no significa únicamente hablar durante las clases, sino también proponer ideas relacionadas con la convivencia, formar parte de comités, contribuir a la

planeación de actividades, expresar opiniones en jornadas pedagógicas e intervenir en asuntos que afectan la vida escolar, en muchas ocasiones los estudiantes no se involucran porque consideran que sus propuestas no producirán ningún cambio, sin embargo, cuando observan que sus ideas son escuchadas, analizadas y llevadas a la práctica, comienzan a reconocer que su participación puede incidir en las decisiones de la institución, incluso cuando se trata de asuntos cotidianos o de alcance limitado, en esta dirección, resulta pertinente aprovechar las posibilidades del gobierno estudiantil para ampliar la intervención de los estudiantes en las diferentes situaciones de la escuela, permitiéndoles formular propuestas, participar en la construcción de acuerdos, asumir responsabilidades y comprender que la democracia también se aprende mediante la experiencia cotidiana de tomar decisiones junto a otros.

6. Reconocer el contexto y la diversidad como punto de partida

No todos los estudiantes provienen de las mismas realidades, cuentan con las mismas oportunidades ni se sienten cómodos con las mismas formas de participación, algunos han vivido experiencias de exclusión, otros tienen diferentes maneras de aprender y expresarse, mientras algunos prefieren observar y necesitan más tiempo para sentirse seguros antes de intervenir, por esta razón, una propuesta participativa no puede aplicarse de manera homogénea, sino que debe reconocer las características del grupo, interpretar las señales que surgen en las relaciones cotidianas, ofrecer distintas posibilidades para participar y respetar los ritmos individuales, en nuestras aulas hemos aprendido que un estudiante puede necesitar varias clases para encontrar la confianza

necesaria para expresar sus ideas, pero cuando finalmente decide hacerlo, su intervención adquiere valor porque representa un avance en su manera de relacionarse con los demás, reconocerse como parte del grupo y encontrar sentido en su experiencia escolar.

7. Integrar a la familia en el proceso participativo

La escuela no puede asumir de manera aislada la formación de ciudadanos críticos y solidarios, debido a que durante mucho tiempo la institución educativa ha sido vista por algunos sectores como un lugar destinado principalmente al cuidado de los niños mientras sus padres cumplen con sus responsabilidades laborales, aunque esta concepción desconoce que la escuela también es un espacio para generar ideas, construir conocimientos junto a otros y desarrollar aprendizajes relacionados con la vida en sociedad, por esta razón, la familia no puede permanecer al margen de los procesos educativos, puesto que valores como el respeto, la responsabilidad y la integración comienzan a construirse en las relaciones familiares y pueden fortalecerse cuando existe coherencia entre las experiencias del hogar y las prácticas promovidas por la institución educativa, involucrar a las familias, escuchar sus perspectivas y favorecer su participación en la formación de los estudiantes permite construir relaciones de corresponsabilidad que contribuyan a una participación escolar con mayor sentido para quienes integran la comunidad educativa.

Conclusiones

El análisis desarrollado permitió comprender que la participación estudiantil no se limita a la intervención oral dentro del aula, sino que corresponde a un proceso relacionado con la formación ciudadana, la construcción colectiva del conocimiento y el fortalecimiento de prácticas democráticas en la escuela, desde esta perspectiva, participar implica dialogar, argumentar, deliberar e incidir en las decisiones que forman parte de la experiencia educativa, superando una visión reducida centrada únicamente en responder preguntas, cumplir instrucciones o intervenir bajo condiciones previamente establecidas.

Uno de los principales aportes de este ensayo consiste en proponer la diferenciación entre participación regulada y participación transformadora como categorías analíticas para comprender las dinámicas escolares, la primera se caracteriza por prácticas donde la intervención del estudiante permanece condicionada por normas, mecanismos de control y relaciones jerárquicas que delimitan sus posibilidades para expresarse e incidir en las decisiones, mientras que la segunda reconoce al estudiante como un actor capaz de construir conocimiento, cuestionar, formular propuestas y participar en los asuntos que forman parte de la vida escolar, esta distinción ofrece una perspectiva para analizar las formas de participación predominantes en las instituciones educativas y ampliar la comprensión de las relaciones entre democracia, educación y formación ciudadana.

**LA PARTICIPACIÓN DEL ESTUDIANTE EN EL AULA DESDE LA PEDAGOGÍA
CRÍTICA Y LA DEMOCRACIA ESCOLAR: UNA REFLEXIÓN TEÓRICA****ENSAYO**

Asimismo, la revisión crítica de la literatura permitió evidenciar que la participación estudiantil no depende exclusivamente de la disposición de los estudiantes, sino también de factores relacionados con el currículo oculto, las prácticas de evaluación, las relaciones de poder y la cultura institucional, ante esta realidad, promover escenarios democráticos de aprendizaje requiere modificar aquellas prácticas pedagógicas que limitan el diálogo, restringen la diversidad de voces presentes en el aula y reducen las posibilidades de los estudiantes para intervenir en la construcción de sus aprendizajes y en las decisiones que afectan la vida escolar.

Finalmente, este ensayo abre posibilidades para futuras investigaciones orientadas a validar empíricamente las categorías propuestas en diferentes niveles educativos y realidades escolares, de igual manera, invita a ampliar el estudio de estrategias pedagógicas y modelos de evaluación que favorezcan una participación transformadora orientada al fortalecimiento de la convivencia, el pensamiento crítico y la formación de ciudadanos capaces de intervenir responsablemente en la construcción de una sociedad más democrática.

Referencias

- Apple, M. W. (1997). *Educar “democráticamente”: una mirada crítica a la reforma educativa*. Barcelona: Paidós.
- Ascorra, P., García, P. S., López, V., Figueroa, F. Á., Sáez, S., & Mancilla, K. C. (2024). Relaciones democráticas entre escuela y comunidad: Análisis de un proceso deliberativo. *Educação & Sociedade*, 45, e275574. <https://www.scielo.br/j/es/a/XCQz7SKGMVZDnPCZqRdfkJP/?lang=es>
- Bonilla, E., & Rodríguez, P. (1997). *Más allá del dilema de los métodos*. Bogotá: Norma.
- Dewey, J. (1938). *Experiencia y educación*. Buenos Aires: Losada.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.
- Herrera Sánchez, M. (2023). La voz del alumnado en la mejora escolar. Una revisión sistemática acerca de estudios de participación escolar del alumnado. <https://repositorio.ual.es/handle/10835/19805>
- Jiménez, L., & Valdés, R. (2022). Participación, ciudadanía y educación inclusiva: posibilidades para pensar al estudiante como sujeto político. *Estudios Pedagógicos (Valdivia)*, 48(4), 297-315. https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-07052022000400297&script=sci_arttext
- Martínez-González, E. (2022). Governance in teaching: student participation to improve learning. *Revista RedCA*, 5(14), 90-117. <https://revistaredca.uaemex.mx/article/view/18753>
- Ministerio de Educación Nacional. (2004). *Estándares básicos de competencias ciudadanas: Formar para la ciudadanía, sí es posible*. Bogotá: MEN.
- Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. UNESCO.
- Parra, A. (1998). *La participación en la escuela: una mirada crítica*. Revista Educación y Ciudad, (3), 45–58.

LA PARTICIPACIÓN DEL ESTUDIANTE EN EL AULA DESDE LA PEDAGOGÍA CRÍTICA Y LA DEMOCRACIA ESCOLAR: UNA REFLEXIÓN TEÓRICA

ENSAYO

- Ríos, M. N. (2025). Participación Escolar en América Latina y España (2017-2025): una Revisión Sistemática de las Tendencias y Tensiones. *Estudios y Perspectivas Revista Científica y Académica*, 5(4), 6209-6237. <https://estudiosyperspectivas.org/index.php/EstudiosyPerspectivas/article/view/1630>
- Salinas, J. (2008). *Innovación educativa y uso de las TIC*. Revista Universidad y Sociedad del Conocimiento, 5(1), 1–12.
- Tedesco, J. C. (2000). *Educación en la sociedad del conocimiento*. Fondo de Cultura Económica.